

**PALABRAS DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA,
ANDRÉS PASTRANA ARANGO, CON MOTIVO DE LA
IMPOSICIÓN DE LA ORDEN DE BOYACÁ AL PRESIDENTE
DE LA CONFEDERACIÓN SUDAMERICANA DE FÚTBOL,
NICOLÁS LEOZ.**

Bogotá. Enero 10 de 2001

Hoy quiero homenajear a Nicolás. No a Nicolás II, el último zar ruso; ni a San Nicolás, el repartidor de balones más gordo del planeta; ni, mucho menos, al no tan famoso, pero sí muy querido por los aficionados a las telenovelas, Nicolás Mora. Hoy quiero homenajear a Nicolás Leoz, el presidente de la Confederación Sudamericana de Fútbol.

Este gran amigo mío, que trasladó su pasión por el cumplimiento de las reglas del derecho al fútbol, ha entregado su vida al desarrollo de este deporte. Aparte de sus 14 años al frente de la Confederación, donde ha realizado una gestión considerada inmejorable por todos los dirigentes suramericanos, hoy día pertenece a la Comisión Organizadora de la Copa Mundial de Japón y Corea, al Comité de Seguridad y *Fair Play*, al Comité de Urgencia y al Comité Ejecutivo de la FIFA. Nicolás, el cardenal del fútbol suramericano, ha hecho de su amor a esta disciplina un camino con corazón.

Asimismo, como ha querido al balompié, ha querido a Colombia. No sólo a través de María Clemencia, su adorable esposa colombiana, y del afecto que le ha dado a mi propia familia, a Nohra, a mis hijos, especialmente a Santiago - considerado por él mismo como el jefe de relaciones públicas de la Confederación-, sino por medio del apoyo que, en diversas ocasiones y en momentos verdaderamente complicados, le ha dado a nuestro fútbol.

La Copa América 2001 -un evento que, como usted bien mencionó en la ceremonia del mediodía, yo quería realizar en Colombia desde la época de mi alcaldía- es la más reciente de esas manifestaciones, pues, a pesar de la oposición de muchos sectores, de las críticas de algunos periodistas, técnicos y jugadores, la Confederación Sudamericana de Fútbol se la jugó por Colombia. A todos y cada uno de los miembros de la Confederación gracias, muchas gracias, por seguir creyendo en este país, enamorado del fútbol y de la vida.

Por eso, porque Nicolás ha creído en Colombia; porque, por encima de todos los intereses y presiones, para él ha primado el cariño a una tierra que siempre lo acogerá con devoción,

nada mejor que conferirle el máximo honor que se le puede otorgar a quienes, siendo nacionales o extranjeros, han contribuido a engrandecer nuestra patria. La Orden de Boyacá. Esta condecoración, instituida por el mismo Libertador luego del triunfo en la gesta de independencia, es, en consecuencia, un justo reconocimiento para alguien que como usted, Nicolás, no sólo ha confiado en esta nación sino que se ha esmerado porque el mundo sepa que en ella habitan el decoro, el trabajo y la hospitalidad.

Concedida en el grado de Gran Cruz, representa el mayor reconocimiento posible que le puede otorgar el Gobierno Colombiano a quienes han demostrado con creces su amistad con el país y su interés por impulsarlo y, con el más sincero entusiasmo, ennoblecerlo.

Acciones como las que usted ha emprendido, Nicolás, ya han alcanzado este fin. Usted, con su apoyo al deporte, con su respaldo al desarrollo de nuevos talentos y a la sana recreación, ha organizado aquí, quizás, el partido más importante de su vida: el partido de la paz.

Al respecto quiero compartir con ustedes una anécdota. Cuando, en la década de los treinta, Bolivia y Paraguay se enfrentaron militarmente en la Guerra del Chaco, la Cruz Roja paraguaya organizó, en el estadio del Boca Juniors, un partido de fútbol con el fin de recaudar fondos para atender a los heridos. De Paraguay se llevó un equipo de jovencitos que, debido a su edad, no habían sido enrolados. Nadie se esperaba, dentro de este grupo, encontrar a un futuro goleador del fútbol argentino, a un delantero infalible en sus remates de cabeza y poseedor de una gambeta endemoniada que ningún defensa lograba conjurar. Pero allí estaba: era Arsenio Erico, uno de los más grandes jugadores paraguayos de todos los tiempos, delantero inolvidable del Independiente de Avellaneda y, además, uno de los preferidos de mi amigo Nicolás.

¿Cuántos Arsenios Erico habrá en nuestro país? ¿Cuántos de quienes hoy caminan por las montañas con un rifle a cuestas deberían estar hoy metiendo sus balazos en las mallas? ¿Cuántos de ellos no están sólo esperando la oportunidad de librarse de las batallas para entregarse a cultivar sus capacidades en el deporte, la cultura o la ciencia?

Estimados amigos:

Cuando, en el reciente encuentro entre Paraguay y Colombia en el estadio el Campín, con motivo de las eliminatorias al mundial, el seleccionado guaraní nos venció por dos goles a cero, yo sabía quién debía estar con una enorme sonrisa en sus labios. Más aún cuando su arquero favorito de todos los tiempos, José Luis Chilavert, había anotado de tiro libre el gol definitivo. En medio de la amargura, yo pensaba: “Caramba, Nicolás debe estar dichoso”.

Si bien tuve pesadillas esa noche con el lanzamiento del controvertido portero, con la forma cómo el balón había dado una curva justamente sobre uno de los costados de la barrera, para luego introducirse rebotando en la red que custodiaba Oscar Córdoba, me emocionó pensar en la alegría de Nicolás. Bien sé que, a pesar de su empeño por promover el conjunto del fútbol suramericano, a pesar del profesionalismo con que cumple su trabajo, en la intimidad de su gran corazón guarda un inmenso afecto por la selección de su patria.

Obviamente esta emoción no logró consolarme plenamente. Sólo podré tener pleno consuelo cuando, quizás en el transcurso de esta Copa América 2001, los papeles se

inviertan, la valla contraria sea la vencida, y Nicolás se contente pensando: “Caramba, Andrés debe estar dichoso”.

Y quiero aprovechar su presencia hoy en Colombia, Nicolás, para participar con usted a los habitantes del golpeado y valiente Eje Cafetero una buena noticia relacionada con la Copa América que celebraremos en pocos meses. Hoy mismo hemos determinado, con el Fondo para la Reconstrucción del Eje Cafetero –Forec-, que destinaremos la suma que sea necesaria, que puede oscilar entre los 900 y los 1.100 millones de pesos, para adecuar el estadio de Armenia, de forma que esta hermosa capital cafetera pueda ser una de las subsedes de la Copa. Así que ya lo saben, amigos cuyabros: también ustedes tendrán el privilegio de ser anfitriones de este magno evento continental.

Querido Nicolás:

Usted ha dicho durante el sorteo, hoy al mediodía, que se sentía como un colombiano más. Yo creo que eso es poco. Usted no debe sentirse como si lo fuera: usted, como todos quienes trabajan por el país y lo enaltecen, ya es un verdadero

colombiano. No sólo yo, sino todos los que hemos nacido en este suelo, nos sentimos honrados con su amistad.

Usando el privilegio de esta misma amistad, permítame hoy hablarle también como si yo fuera paraguayo:

Nicolás: Reimé derógape ja neretáme.

(Nicolás: Está usted en su casa y en su patria)

Muchas gracias